

8º Paso. La alegría de la sepultura y el encuentro con su madre.

Ismael, como cualquier santo, pensaba en la muerte con la esperanza y la alegría del día su nacimiento definitivo para el cielo: la muerte y la sepultura eran los pasos necesarios para la resurrección, por eso la espera con alegría.

Pero no podía imaginar que hasta después de muerto iba a seguir también los pasos de Jesús.

El día 6 por la mañana llegó Aurora al Hospital Clínico, pensando en Ismael, y se encontró en la puerta con Pedro, el portero de Socuéllamos, localidad próxima a Tomelloso, quien le dijo antes de que ella pudiera pronunciar palabra:

– «*¡Murió anoche a las diez y media!*».

Aurora le preguntó dónde habían puesto el cadáver y el portero le dijo que a los prisioneros de guerra los llevan a la fosa común; lo mismo que los crucificados en el Calvario. Como hubieran hecho con Jesucristo de no haber sido por la sepultura que le cedió José de Arimatea.

Le pidió a Pedro que la acompañara al depósito de cadáveres y buscó el cadáver de Ismael entre los que habían fallecido aquella noche. Lo encontró rígido, vestido con el pantalón y la camisa caqui de soldado del ejército, los ojos entornados y mostrando en el rostro una gran paz con una leve sonrisa que ponía fin al sufrimiento. Tenía una expresión dulce y serena, según contó a su hermano Luis.

Aurora le cerró los ojos, le cruzó las manos con dificultad sobre el pecho en un gesto piadoso y rezó una breve oración.

Se dirigió al capellán, y ambos fueron a ver al Comandante Jefe del Hospital, pidiéndole permiso para llevarlo al cementerio de la ciudad, a lo que no mostró reparo alguno, siempre que corrieran con los gastos del entierro, que ascendían a 500 pesetas, cantidad tan alta que no disponían de ella ni tenían medio para encontrarla.



Sepultura de Ismael en Zaragoza, con sus hermanos sor María de la Cruz y Luis, entre otros amigos.

A la vista de las dificultades, el capellán y Aurora se dirigieron al coronel presidente de la Junta Clasificadora de Prisioneros, solicitando que se declarara la libertad de Ismael ya muerto, lo que no pudo conceder precisamente porque al haber fallecido no se le podía instruir un expediente de declaración de libertad.

En medio de la ansiedad, ambos volvieron a ver al Comandante Jefe del Hospital, quien dijo no haber otra solución que adquirir una fosa en propiedad para Ismael, dándoles un plazo que vencía a las tres de la tarde.

Encontraron, por fin, almas caritativas que les prestaron el dinero para comprar la sepultura y una caja de madera. A eso de las cinco de la tarde Aurora y doña Pilar fueron al cementerio de Torrero, formando el único duelo del difunto.

Cuando llegaron al cementerio, una nueva dificultad se cernía en aquella azarosa jornada para que descansaran en paz los restos de Ismael: el cementerio había sido cerrado por haber terminado la hora de enterramientos y no podían hacerlo hasta el día siguiente.

Doña Pilar, una mujer resuelta, y Aurora, una enfermera a la que la piedad y la devoción le hacían sacar fuerzas de flaqueza, lograron del enterrador que pudiera enterrarle aquella tarde en la sepultura recién abierta.

Depositaron, por fin, los restos en el cementerio de Torrero y *«las dos mujeres arrojaron los dos primeros puñados de tierra sobre la caja y unas lágrimas de dolor por la separación»*.

Aurora escribió a Alberto Martín de Bernardo:

“No crea Vd. que me dejé impresionar fácilmente por las virtudes de un alma seleccionada, pues antes de tener la ocasión de cuidar a Ismael, había convivido en la zona roja con jóvenes que alegremente aceptaban la palma del martirio; pero todos esos sufrimientos me parecieron pequeños, al compararlos con los de Ismael...

Por eso, cuando, después de su muerte, encargué la placa que debía ser puesta en la cruz que preside su sepultura, no vacilé en poner:

ISMAEL MOLINERO NOVILLO
SECRETARIO DE LA JUVENTUD DE A.C. DE
TOMELLOSO
INMOLÓ SU VIDA POR DIOS Y POR ESPAÑA EL
DÍA 5 DE MAYO
DE 1938 A LOS 20 AÑOS DE EDAD
R.I.P.”

«El día 7 se presentó en el Clínico D. José Ballesteros. Encontrólo Aurora por una galería, y le dijo llorosa:

–¡Oh, ya se ha muerto Ismael, ya se ha muerto Ismael!

Subí a la sala -cuenta-, y en efecto, allí estaba su cama vacía. No supe si llorar o alegrarme. Lloré al amigo bueno a quien quería. Me alegré, porque había volado al Cielo.

Como corona de gloria, pongámosle a Ismael el elogio que de él ha hecho D. José Ballesteros:

«¡Lástima que hayan pasado largos años de entonces hasta hoy y el tiempo haya borrado escenas y frases admirables que cuando estuve con él, le oí pronunciar y de que fui testigo!

Sin embargo, hoy queda en mí una idea fija, que es imborrable: Ismael murió santo, porque en su enfermedad supo sufrir como un santo, aunque por serlo así, tanto más se empeñó en ocultarlo, por aquella humildad que se reflejaba en sus palabras todas, y así pasó desapercibido en todos sus detalles».

Antes de morir, el Siervo de Dios había dicho:

«No he merecido derramar mi sangre por Cristo, pero Dios se ha dignado aceptar el lento martirio de mi vida. Quise el martirio y al fin lo he conseguido. No el derramamiento de mi sangre por la fe, pero sí el abandono, el lento sufrir, la angustia de morir con la ausencia de mi santa madre».

A finales de noviembre de 1942, su madre, María Francisca, *«fue en visita callada, a orar sobre la tumba de su hijo. Iría con la preocupación de las Santas mujeres Jerosolimitanas hacia el sepulcro del Nazareno; ¡si la fuera dado quitar la tierra del sepulcro, para amortajar, a su gusto al hijo y adornar después la sepultura! El corazón maternal sufrió un grato desengaño: “¡Qué hermoso me lo han puesto!”.* Las exigencias maternas quedaban satisfechas».

Mostró deseos de que trasladaran los restos de su hijo al cementerio de Tomelloso, “para tenerlo más cerca”, y cuando regresaba del viaje, en Madrid, la noche del 1 de diciembre de 1942, mientras dormía en la pensión Aurora, en la calle Espoz y Mina, se reunió con su hijo para siempre.



María Francisca, madre de Ismael

ORACIÓN: Por los difuntos y por las benditas almas del purgatorio para que, por intercesión del Siervo de Dios Ismael de Tomelloso, entren a gozo de la Trinidad Santísima.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.
